

JENNIFER BOSWORTH

# FULMINADA

Traducción del inglés

Noemí Risco Mateo



Madrid, 2014

Título original inglés: *Struck*

© de la obra: Jennifer Bosworth, 2012

La cesión de derechos de traducción se ha gestionado con Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L. Todos los derechos reservados

© de la traducción: Noemí Risco Mateo, 2014

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: marzo de 2014

Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código BIC: YFM

ISBN: 978-84-939750-6-7

Depósito Legal: M-3152-2014

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*A Ryan, por creer*

*It never rains in California  
But girl, don't they warn ya  
It pours, man, it pours.*

ALBERT HAMMOND

(Nunca llueve en California  
Pero, chica, no te avisan  
Y cuando llueve, llueve a cántaros).

# PRÓLOGO

Cuando te han fulminado tantos rayos como a mí, te esperas lo peor casi siempre. Nunca sabes cuándo ese garabato irregular de fuego blanco, cargado con cien millones de voltios de electricidad, puede caer del cielo y convertirte en su objetivo; abrir un agujero como una bala al atravesarte o dejar tu pelo hecho cenizas; quizás achicharrarte la piel o detenerte el corazón; dejarte ciega, sorda o ambas cosas.

A veces, los rayos juegan un poco contigo, te elevan en el aire y te sueltan a veinte metros de distancia, te quitan los zapatos o te fríen la ropa y te dejan desnuda y humeando en medio de la lluvia. Los rayos pueden borrar los últimos días u horas de tu memoria o sobrecargarte el cerebro, provocar un cortocircuito en tu personalidad y transformarte en una persona completamente distinta. Oí que a una mujer le cayó un rayo y se curó de un cáncer terminal. Y un parapléjico recuperó la capacidad de andar.

A veces, un rayo te fulmina, pero la persona que está a tu lado es quien termina en el hospital. O en el depósito de cadáveres.

Cualquiera de esas cosas puede suceder, o ninguna de ellas: tal vez ocurra algo distinto de lo que nadie ha oído hablar. Con los rayos

nunca sabes qué va a pasarte. Podrían convertirte en una especie de extraña batería humana, que acumula energía, dejándote con la continua sensación de que cualquier día vas a arder espontáneamente. Como si una bomba fuera a explotar y hacer..., bueno, lo que se les da bien a las bombas. O quizás eso sólo me ocurra a mí.

Me llamo Mia Price y soy un pararrayos humano. ¿Existirá algún grupo de apoyo para eso? Debería, y os contaré por qué.

Me llamo Mia Price y soy adicta a los rayos.

Bueno, ya sabéis la verdad. Quiero que los rayos me encuentren. Los anhelo como los pulmones necesitan el oxígeno. Nada te hace sentirte más viva que quedar fulminada por un rayo. A menos, por supuesto, que te mate. Me lo hacen de vez en cuando y por eso me mudé a Los Ángeles. Como dice la canción, nunca llueve en el sur de California. Pero la canción también dice que, cuando llueve, llueve a cántaros.

La canción tiene razón.

Me llamo Mia Price y ha pasado un año desde la última vez que me alcanzó un rayo, pero eso no significa que haya dejado de imaginarme lo peor. En Los Ángeles tan sólo caen rayos un puñado de veces al año. El problema es que he cambiado las tormentas eléctricas por los terremotos, por un terremoto en particular. El que transformó la ciudad, y mi vida, para siempre.

Aquel día, se podría decir que el día del peor desastre natural que ha azotado jamás Estados Unidos..., llovió.

De hecho, llovió a cántaros.

# PRIMERA PARTE

«Un rayo nunca cae dos veces en el mismo lugar».

PROVERBIO

14 DE ABRIL

Tres días para la tormenta...

# 1

No duermo mucho. Una hora aquí, dos horas allí. El insomnio crónico es una de las secuelas más tolerables tras el impacto del rayo. No está tan mal como las venosas cicatrices rojas que me cubren desde el cuello hasta los pies o el ardor en mi pecho, que estalla cuando me emociono un poco. ¿Insomnio? Eh... Podría ser peor (y normalmente lo es). La mayoría de las personas desean tener más horas al día. Yo tengo disponibles casi las veinticuatro.

Cuando me voy a la cama por la noche, no es con la intención de dormir. Si me duermo, genial. Si no, bueno, es algo a lo que estoy acostumbrada.

Así que, cuando abrí los ojos y vi a un chico de pie junto a mi cama, tuve que suponer que por fin me había quedado dormida. Y cuando advertí el reluciente cuchillo plateado en su mano —la clase de hoja decorativa y bonita que no tiene ninguna utilidad práctica, salvo matar—, decidí que aquel no era un sueño que quisiera ver cómo terminaba. Habría estado bien dormir un poco más, pero tenía que despertarme antes de que el chico de la pesadilla utilizara el cuchillo para destriparme.

«Despierta, Mia», me dije con una voz que salió ronca y áspera, como la que tendría si en realidad me hubiera despertado.

Él se sobresaltó y se apartó de la cama. Soltó el cuchillo, que cayó recto y se clavó en el suelo de madera con un golpe seco. Debía de estar afilado. Se apresuró a tirar de él para recogerlo, pero no parecía estar muy seguro de qué hacer después. Tenía el rostro oculto entre las sombras, pero sus ojos blancos, abiertos de par en par, y los movimientos erráticos revelaban que estaba tan asustado como se suponía que yo debía de estar. Para ser una pesadilla, aquel chico no era tan terrible y decidí seguir durmiendo.

Cerré los ojos con la esperanza de que los abriría a un nuevo sueño.

Pero no hubo más sueños aquella noche, tan sólo los suaves pasos del chico de la pesadilla al retirarse.

Cuando volví a abrir los ojos, con la sensación de no haber dormido nada, había llegado la mañana que tanto temía. La mañana en que mi hermano Parker y yo regresaríamos al instituto por primera vez desde el terremoto.

Teníamos un diccionario de sueños dando vueltas por casa. Si lo consultaba, había bastantes posibilidades de que confirmara mis sospechas y que un cuchillo en tus sueños fuera un mal presagio. Aunque no necesitaba un presagio para saber que aquel día iba a ser horrible.

Mientras me obligaba a salir de la cama, advertí una pequeña grieta en el suelo, justo donde el cuchillo del chico de la pesadilla debió de clavarse. Curioso. Sin embargo, había muchas otras grietas pequeñas en los viejos tablones de mi dormitorio restaurado del desván.

Dejé de pensar en el sueño. Tenía mayores problemas —problemas reales— de los que preocuparme. No sabía qué esperar al volver a clase, pero, si los cambios producidos en el resto de la ciudad eran indicio de algo, seguramente debería darme por vencida e imaginarme lo peor, como siempre.

Gracias por el aviso, chico de la pesadilla. Aunque no me beneficia en nada.

## 2

Me quedé de pie en la puerta del cuarto de mi madre y oí la voz apagada del Profeta. No distinguí qué decía, pero después de que mi madre llevara un mes viendo de forma obsesiva sus sermones televisados, podía suponer qué tema trataba.

El fin del mundo se avecina.

Los que entreguen sus almas al Profeta se salvarán.

Los que no lo hagan sufrirán y morirán, y sufrirán un poco más.

Sí, sí, sí. Ya te oímos la primera vez.

—¿Mamá?

Di unos golpecitos en la puerta antes de girar el pomo. Eran las siete de la mañana y fuera el sol hacía su trabajo, pero la habitación de mi madre era una cueva. Estaba sentada junto a la ventana, con aquella bata repugnante que llevaba días sin quitarse, mirando entre los listones de las persianas. Los ojos iban y venían de la ventana al televisor, donde echaban *La Hora de Luz*, la emisión matutina del Profeta Rance Ridley. Tenía tres programas al día: uno por la mañana, otro al mediodía y el último, por la noche. Desde que trajimos a mi madre del hospital, estaba obsesionada con el Profeta. El único modo de que

se perdiera su emisión era que nos quedáramos sin electricidad o sin conexión por cable. Yo casi deseaba que tuviéramos uno de esos cortes.

—Hermanas y hermanos —entonó el Profeta—, Dios pronto hará su juicio final. Ahora debéis decidir de qué lado estáis, si del lado del cielo o del de la Tierra y sus perversos placeres mundanos. ¿Os elevaréis extasiados al paraíso u os quedaréis abajo para la terrible venganza de Dios?

La voz del Profeta ahogó mi entrada en el dormitorio. A veces me preguntaba si el oído de mi madre se habría visto afectado por el terremoto; parecía ajena a lo que la rodeaba. El médico que la atendió durante cinco minutos antes de que cediera su cama a alguien más necesitado dijo que estaba bien: desnutrida y deshidratada, pero viviría. Después de tres días atrapada debajo de un edificio derrumbado, tenía algunas contusiones graves, unas cuantas costillas fracturadas y un montón de laceraciones en la cara y los brazos —causadas por el panel de cristal que había explotado cerca de ella cuando el edificio comenzó a combarse—, aunque la mayoría se habían curado ya. Físicamente, estaba tan sana como podría esperarse. La salud mental era otra historia.

Internet —junto a otras utilidades y la conexión por cable— había sufrido cortes desde el terremoto, pero, cuando funcionaba, buscaba los síntomas de mi madre hasta que determiné qué le sucedía: trastorno por estrés agudo, el gemelo malvado del trastorno por estrés postraumático con esteroides, provocado por un acontecimiento traumático, que se repite en *flashbacks*, con ansiedad, delirios, indiferencia emocional e incluso amnesia.

Mi madre tuvo todos los síntomas y hasta algunos más. Debería haber estado en un hospital, bajo el cuidado de un psiquiatra y un equipo de enfermeras que la atendieran las veinticuatro horas del día. Pero los hospitales seguían llenos de pacientes con lesiones que realmente amenazaban sus vidas, gente con la espalda rota, miembros aplastados y quemaduras infectadas. Personas que sufrían la fiebre del terremoto, un trastorno del sistema inmunitario provocado por el moho que soltó el suelo durante el incidente. Había gente tan desnutrida y deshidratada por la falta de comida y agua en la ciudad que la única manera de recibir nutrientes era a través de un tubo. No había camas para aquellos a quienes les funcionaba el cuerpo, pero les fallaba la mente.

Lo bueno era que el trastorno de estrés agudo normalmente duraba un máximo de cuatro semanas y justo ahora se cumplían desde el terremoto. Habían pasado tres semanas y cuatro días desde que los socorristas rescataron el cuerpo inconsciente y deshidratado de mi madre, que yacía sepultado bajo varias toneladas de escombros. Fue un milagro que todavía respirara. Las personas que encontraron junto a ella no tuvieron tanta suerte: algunas quedaron aplastadas al instante, otras se asfixiaron y su muerte salvó la vida de mi madre. No había suficiente oxígeno para todos en la pequeña caverna debajo de las ruinas.

Habían pasado cuatro semanas desde el terremoto... y parecían cuatro mil.

—¿Mamá? —repetí. Mantuve la voz baja, suave, como si mis palabras pudieran herirla si las pronunciaba demasiado alto.

Se tensó y los hombros se le encorvaron al girar la cabeza. Llevaba tanto tiempo sin lavarse el pelo que parecía mojado por la grasa. Las cicatrices de la cara destacaban en contraste con la piel en cerosas líneas color salmón que no habían visto el sol en semanas. Me costaba no estremecerme cada vez que la miraba. Al menos mi cara estaba libre de las cicatrices de los rayos que tenía grabadas en el resto del cuerpo. El rostro de mi madre, en cambio, necesitaría cirugía plástica para deshacerse de ellas si no quería recordar el terremoto cada vez que se mirara al espejo.

—Ya hemos comenzado a presenciar la ira de Dios —continuó el Profeta—. Me susurró que atacaría Los Ángeles justo unos minutos antes de que cayera Su puño. El fin de todas las cosas está próximo, hermanas y hermanos, y empezará aquí mismo, en Los Ángeles, puesto que esta no es la ciudad de los ángeles, sino una ciudad donde gobiernan los demonios desde sus mansiones en la ladera y los inmensos estudios, propagando su corrupción como una plaga a través de las pantallas de televisión, los cines e Internet. ¿Resulta una sorpresa que, en una ciudad tan amoral, nuestros jóvenes, los que se llaman a sí mismos «caminantes», bailen, beban y retocen sobre las tumbas de los muertos en los Residuos?

Bajé el volumen y aparté la mirada de los ojos lechosos del Profeta. El pelo canoso le caía sobre los hombros, abundante y glacial como la piel de un oso polar, aunque no podía tener más de treinta y cinco años, con el rostro bronceado y terso como la mantequilla de cacahuete. Una sonrisa creciente, blanca como la nieve. No obstan-

te, casi siempre que lo miraba veía los ojos, vacíos e impenetrables, cubiertos por cataratas.

—Mamá, Parker y yo tenemos que irnos —dije.

—¿Qué? —respondió al fin—. ¿Adónde... adónde vais?

Arrastraba la voz, le pesaba con los antipsicóticos y ansiolíticos que le había conseguido por medios no muy legales que digamos. Aunque pudiera conseguirle a mi madre una cita con uno de los médicos sobrecargados de trabajo, tan sólo me darían recetas que no podría ir a buscar. Las farmacias fueron saqueadas los primeros días tras el terremoto. Las provisiones de comida, el agua y los medicamentos llegaban a la ciudad por aire, con cuentagotas, pero, como la mayoría de autopistas estaban cerradas y enseguida saqueaban los camiones que lograban entrar, no había suficiente para todos.

Cuando azotó el terremoto, había diecinueve millones de personas viviendo en la zona metropolitana más importante. La población ha disminuido desde entonces. Los que pudieron arreglárselas abandonaron la ciudad como si fuera un barco hundiéndose, pero seguía habiendo muchas personas a las que alimentar y medicar. Aun con los *jets* privados que los famosos prestaron a las organizaciones de ayuda, no había muchos aviones y helicópteros disponibles para importar mercancías. Las provisiones se repartían en los hospitales y las clínicas, y se consumían en cuanto dejaban los camiones. Si es que los camiones conseguían salir de los aeropuertos y alcanzar sus destinos.

La única opción que tenía para conseguir las medicinas de mi madre era el mercado negro. Sabía que estaba comprando las mis-

mas pastillas que se habían robado, pero no podía permitir que me importase. Mi sentido de la ética no apuntaba en la misma dirección que antes.

—Mamá —repetí. Noté que le costaba mucho concentrarse en mí; la mitad de su atención estaba en la ventana y la otra mitad, en el Profeta—, Parker y yo tenemos que volver hoy al instituto, pero vendremos después directos a casa. Únicamente estarás sola unas cuantas horas.

Una expresión comenzó a aflorar en el rostro de mi madre. Sentía terror ante la posibilidad de quedarse sola en casa, con los disturbios y saqueos que seguía habiendo por la ciudad y sin que aún se hubiesen regularizado el agua, la electricidad ni la cobertura de móviles.

Mi madre retorció las manos sobre su regazo, como si tratase de darles una forma nueva.

—¿Y si alguien intenta entrar mientras estáis fuera?

—He comprobado las puertas y las ventanas. Todo está bien cerrado. No va a entrar nadie.

Hice bien en volver a revisar las ventanas por la mañana: había encontrado la del garaje abierta. Era una ventana pequeña, pero alguien podría colarse si quisiera.

Mi madre desenredó los dedos y volvió a separar las persianas.

—Antes había un chico vigilando la casa; un chico de tu edad, con gafas. Lo he visto antes. No... no recuerdo dónde. Me vio mirando y se marchó. Le conozco de alguna parte, Mia. Le conozco, pero no puedo acordarme. —Se golpeó las sienes con los puños con tanta fuerza que me sobresalté—. ¿Por qué tenéis que iros los dos?

¿No se puede quedar uno de vosotros conmigo? No quiero quedarme sola en casa con él ahí fuera.

No quería contarle por qué era tan importante que Parker y yo volviéramos al instituto, por qué no podíamos esperar otra semana. Ya sólo nos quedaban unas latas de comida, y los pocos centros que habían vuelto a abrir sus puertas además de repartir comida gratis, daban prioridad, a la hora de recibir ayuda, a los alumnos que asistieran a clase. Parker y yo obtendríamos una ración de comida para llevar a casa todos los días que nos presentáramos.

No se trataba de educación, sino de supervivencia.

Los puños de mi madre estaban retorcidos en sus sienes y tenía el cuerpo encorvado como si se preparase para un impacto. ¿De verdad había alguien vigilando la casa u otra vez estaba imaginándose cosas?

—Mamá... mamá, necesito que te tomes las pastillas antes de que nos marchemos. —Xanax para la ansiedad y toracina para las alucinaciones y los *flashbacks*.

Inclinó la cabeza.

—Ya me las he tomado.

—¿Estás segura? —Soné condescendiente, pero mi madre casi nunca se acordaba de tomarse las pastillas. La mayoría del tiempo ni siquiera parecía recordar su propio nombre.

Me lanzó una mirada cortante.

—Estoy segura —respondió.

Se oyó un suave golpeteo en la puerta abierta. Parker asomó la cabeza y su abundante pelo pajizo, todavía mojado de la ducha, le colgó sobre los ojos. Hoy habían dado el agua, lo que era un alivio.

No me había dado más que un par de duchas desde el terremoto y no quería regresar al instituto oliendo como uno de los desplazados.

Parker se acercó a mamá y la rodeó con los brazos.

—Te quiero —dijo—. Volveremos antes de que te des cuenta, ¿vale?

Mi madre se tensó cuando la tocó. Parker la soltó, intentando no parecer herido ante su rechazo, pero yo sabía que lo estaba. De los dos hermanos, Parker siempre había sido el sensible. Mi madre solía describirlo con el término «empático», aunque era más que eso. Parker no se limitaba a empatizar; era un «arreglador». Cuando alguien estaba dolido, intentaba encontrar un modo de que se sintiera mejor.

Pero Parker no podía quebrantar el muro que mamá había levantado a su alrededor y eso lo estaba matando; aunque el rechazo de mamá no era personal. Al menos, eso me decía a mí misma. Pero ya no le gustaba que la gente se le acercara demasiado. Conforme pasaban los días parecía encerrarse más en sí misma, empequeñecerse más y más, como si siguiera aplastada por el edificio derrumbado.

—Esperaré en el coche.

Parker evitó mirarme a los ojos al pasar junto a mí, pero vi que los tenía vidriosos y noté la emoción próxima a mi garganta.

Cuando se marchó, me acerqué a mi madre. Yo también quería abrazarla, aunque sabía que estaría tan rígida e indiferente como un palo; pero, sobre todo, quería cogerla de los hombros para zarrandearla y pedirle que volviera con nosotros. La necesitábamos.

Clavé la vista en el televisor. En pantalla, la cámara retrocedió y reveló el escenario. Varios adolescentes vestidos de forma idéntica —los chicos llevaban una camisa blanca recién planchada y pantalones blancos; y las chicas, un largo vestido blanco— flanqueaban al Profeta. Dos de ellos eran mellizos, un chico y una chica, con el pelo rubio casi albino, un tono más marfil que el del Profeta; ambos tan altos y delgados que parecía que los hubieran estirado. El séquito del Profeta eran niños adoptados. Sus Doce Apóstoles, los llamaba, aunque sólo conté once junto a él en el escenario.

Teniendo en cuenta cómo había logrado lavarle el cerebro a millones de personas, haciéndoles creer que no era un simple hombre llamado Profeta, que no era un profeta, sino el profeta que Dios había escogido para avisarnos de que el mundo estaba a punto de acabar, no quería imaginarme el condicionamiento que debía de darse en la intimidad de su hogar.

—Vuelve a estar ahí fuera... vigilando la casa —dijo mi madre con tono desesperado—. Ese chico. Mira.

Me incliné para mirar por las persianas hacia la brillante luz del sol. La gente pasaba por la acera, vagando sin rumbo. Los desplazados: aquellos cuyas casas habían sido destrozadas por el terremoto. Pero no vi a ningún chico vigilando la casa.

—¿Qué quiere? —preguntó mi madre. Se llevó una mano a la cara y los dedos siguieron la línea nudosa de una cicatriz rosa e irregular que le recorría la mandíbula.

—No lo sé —dije, y oí la desesperanza en mi tono, tan marcada como un acento.

Le tembló la voz:

—Todo se viene abajo y el Profeta sólo dice que la situación va a empeorar. Sabe lo que nos espera, Mia. Dios le habla.

Dios. Oh, Dios, Dios, Dios. Estaba harta de oír hablar de Dios, tal vez porque no había oído hablar mucho de Él (o ella, o eso) desde que la madre de mi madre —nuestra beata abuela fanáticamente temerosa de Dios— falleció hacía un par de años. Después mi madre dejó de fingir que se tragaba la teología apocalíptica de la abuela, que se fue a la tumba pensando que su hija algún día la acompañaría en el cielo de nubes blancas y esponjosas, en vez de caer en picado al infierno, donde mi padre se asaba como un pollo con el resto de infieles.

Mi madre siempre afirmaba con firmeza que era agnóstica a pesar de su extrema educación evangélica. No creía en nada concreto y estaba plenamente conforme con esperar hasta morir para descubrir la verdad. Me imaginaba que su obsesión con el Profeta era una fase nacida de la desesperación, como cuando la gente en un avión empieza a rezar al pasar por unas desagradables turbulencias.

Toqué su hombro. Era un ángulo duro y prominente; no había más que huesos bajo aquella bata.

—Todo irá bien —le aseguré, aunque aquellas palabras habían perdido su significado de tanto usarlas. Siempre se las decía a alguien: ahora a mi madre, luego a Parker y hasta a mí misma.

—Ten cuidado ahí fuera —musitó mi madre, y me rozó un instante la mano enguantada antes de apartarla—. Cuida a tu hermano.

—Lo haré.

Me di la vuelta para marcharme y el Profeta susurró por encima de mi hombro, como si estuviera justo detrás de mí:

—«Miré cuando abrió el sexto sello, y he aquí que hubo un gran terremoto; y el sol se puso negro como tela de cilicio y la luna se volvió toda como sangre». Ha llegado el momento —dijo—. El fin se acerca.

### 3

Parker se sentó en el asiento delantero de mi cinco puertas y observó cómo los desplazados pasaban por la acera, andrajosos y exánimes como una multitud de zombis. Deseé, no por primera vez, disponer de un garaje más grande para no tener que dejar el coche en la calle. Hasta ahora, los desplazados no se habían metido con él, pero al salir cada mañana esperaba encontrarme una ventana reventada o quizás una familia durmiendo dentro.

Nuestra casa estaba situada a tan sólo unas manzanas de Venice Beach, donde muchos desplazados emigraron tras el terremoto para montar tiendas a modo de hogares temporales. Muchos subían a nuestro vecindario para llamar a las puertas y pedir comida, ropa o agua limpia.

Pero a veces no lo pedían.

Miré de nuevo a mi alrededor en busca del chico que mi madre había mencionado. No quería pensar que alguien estuviera merodeando por la casa, pero tampoco quería creer que mi madre tuviera otra vez alucinaciones. El traficante —ese era el único nombre por el que le conocía— me dijo que teóricamente eso la toracina lo controlaba.

Por alguna razón pensé en el chico de la pesadilla que había estado a punto de clavarme un cuchillo y me acordé de la ventana abierta del garaje. Después me olvidé de todo cuando un hombre de mediana edad, con las arrugas de la frente llenas de mugre, vio a Parker sentado en mi coche y se inclinó para dar unos golpes en la ventanilla.

Bajé rápidamente, preparándome para tener problemas. Los desplazados no eran como los sin techo antes del terremoto; no estaban acostumbrados a vivir sin nada y eso los hacía más agresivos, un hecho que Parker ignoraba a menudo. Probablemente habría convertido nuestra casa en un refugio temporal de no ser por mi madre.

Cuando llegué al coche, Parker ya había bajado la ventanilla y le entregaba al hombre unos billetes arrugados.

—Es lo único que tengo —dijo.

Le llamé la atención por encima del hombro del individuo y negué con la cabeza. Unos pocos dólares era más de lo que podíamos ahorrar en aquel momento. Los medicamentos en el mercado negro no eran baratos.

Parker me ignoró.

—Gracias —respondió el hombre, señalando el dinero con la cabeza—. Esto ayuda. Todo ayuda. Tengo familia, ¿sabes? Es para mi familia.

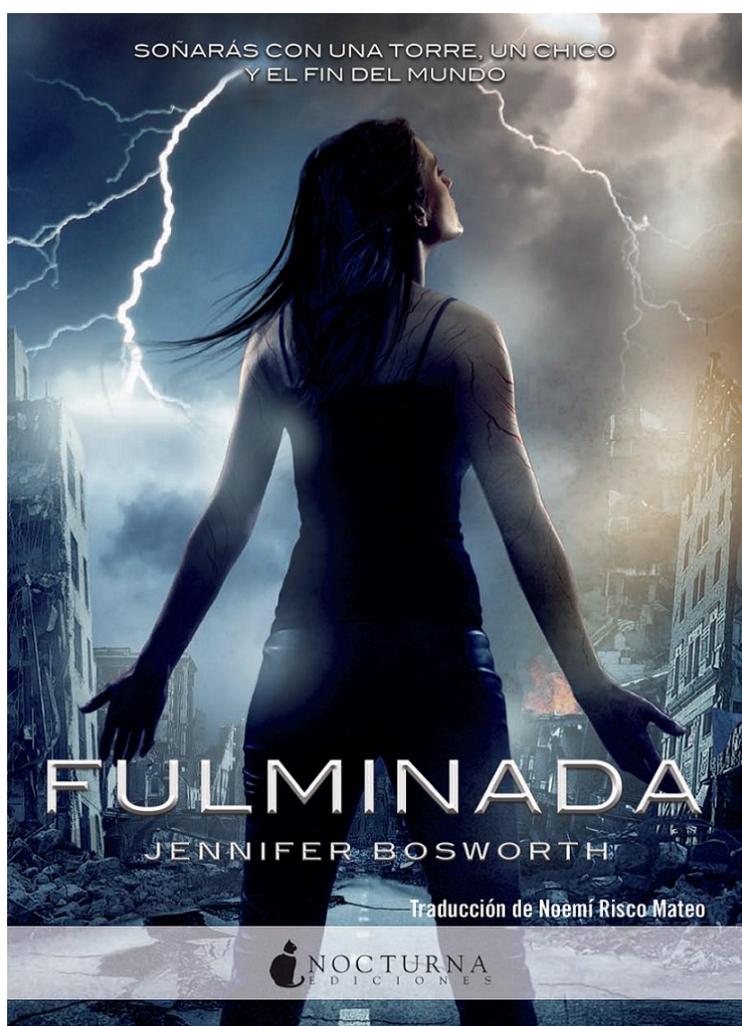
Un miliciano que había visto patrullando por la zona se acercó trotando por la acera, con una mano sobre la taser sujeta a su cinturón. Iba vestido de negro de pies a cabeza, como si se creyera un marine de las fuerzas especiales o algo por el estilo.

**SIGUE LEYENDO**

A la venta: 24-03-2014

# FULMINADA

Jennifer Bosworth



**ISBN: 978-84-939750-6-7. PVP: 16,95 €**



Distribución: UDL Libros ([www.udllibros.com](http://www.udllibros.com))  
Ámbito nacional (España)